

glo diez y ocho lo ha destruido ya todo: el siglo diez y nueve lo empleará en reedificar.

Y ahora preguntamos: ¿cuál de los dos artes representa realmente desde hace tres siglos el pensamiento humano? ¿Cuál le traduce mejor, cuál expresa, no solo sus manías literarias y escolásticas, sino su vasto, profundo y universal movimiento? ¿Cuál se sobrepone constantemente, sin ruptura, sin vacíos, al género humano, monstruo que anda con mil piés? La arquitectura ó la imprenta? La imprenta.

No hay que hacerse ilusiones: la arquitectura ha muerto para siempre, porque la mata el libro impreso, porque dura menos y es más cara que éste. Cada catedral representa mil millones; imagínese ahora qué depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectural, para hacer hormiguar otra vez sobre el suelo millares de edificios, para volver á aquellos tiempos en que era tal la multitud de monumentos, que, según dice un testigo ocular, "parecía que el mundo, removiéndose, habia sacudido sus antiguas vestiduras para cubrirse con un blanco ropaje de iglesia." (Glaber Radulphus).

Un libro se imprime pronto, cuesta poco y anda mucho; ¿cómo extrañar que el pensamiento humano se deslice por esa pendiente? No es esto decir que la arquitectura no construya aun aquí y allá un hermoso monumento ó una obra magistral aislada; es posible que alguna vez, durante el reinado de la imprenta, tengamos alguna columna hecha de cañones (1), como hubo durante el reinado de la arquitectura Iliadas y Romanceos, Mahabahratas y Nibelungos, escritos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá tener el siglo veinte el fenómeno de un arquitecto de génio, como el siglo trece tuvo al Dante; pero la arquitectura no será ya el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Si de hoy en adelante la arquitectura reviviese, no seria ya soberana; tendria que recibir las leyes de la literatura, como ésta las recibia de aquella en otras épocas. Las posiciones respectivas de las dos artes se han trocado. Verdaderamente en los tiempos arquitecto-

(1) Alusion á la columna de Vendome, que hizo construir Napoleón I.

tónicos, los poemas, raros entonces, se parecian á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular é impene-trable como una pagoda; en el Oriente egipcio, la poesia tiene, como los edificios, grandeza y tranquilidad de líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad y la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fé popular, la rica y lujuriosa vegetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Parthenon, Homero á Fidias. El Dante es en el siglo trece la última iglesia bizantina, y Shakespeare, en el siglo diez y seis, es la última catedral gótica.

De modo que, resumiendo lo que hemos dicho hasta aquí de una manera incompleta y truncada, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cuando se contemplan las dos Biblias, tan abiertas durante los siglos, con tristeza echamos de menos la majestad visible de la escritura de granito, los gigantescos alfabetos, formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos, en esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide hasta el campanario, desde Chéops á Strasburgo. Es preciso leer el pasado en esas páginas de mármol, es preciso admirar y hojear continuamente el libro escrito por la arquitectura; pero es preciso tambien concederle toda su grandeza al edificio que á su vez levanta la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué especulador estadístico ha calculado que, poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttenberg, se llenaria el intervalo de la tierra á la luna; pero no es de esta clase de grandeza de la que nos ocupamos ahora. Cuando se trata de formar en el pensamiento una imagen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros dias, este conjunto se nos parece como una inmensa construccion apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya cabeza monstruosa se pierde en las brumas profundas del porvenir. La imprenta es el hormiguero de las inteligencias, es la colmena, á la que las imaginaciones, abejas doradas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Aquí y allí se ven desembocar por sus pendientes las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. Por todas par-

tes, en su superficie, hace brillar el arte á la vista sus arabescos, sus rosetones y sus encajes; allí, cada obra individual, por caprichosa y aislada que aparezca, tiene su sitio y su salida. La armonía resulta del conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel en aquella metrópoli del pensamiento universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos, que no habia apuntado la arquitectura; á la izquierda de la entrada han sellado el antiguo bajo-relieve en mármol blanco de Homero, á la derecha la Biblia poliglota, levantando su siete cabezas; la Hidra del Romancero se eriza más allá, lo mismo que las formas híbridas de los Vedas y de los Nibelungos. Pero el prodigioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra; todo el género humano trabaja para ella; cada espíritu es un albañil; el más humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su capazo de argamasa. Con independencia de la parte original é individual de cada escritor, llegan á la obra contingentes colectivos. El siglo diez y ocho aporta la *Enciclopedia* y la Revolucion el *Moniteur*.

Es tambien una construccion que crece y se amontona en espirales sin fin; en ella hay tambien confusion de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurso persistente de la humanidad entera: es el refugio prometido á la inteligencia para librarse de otro diluvio y de otra irrupcion de bárbaros; es la segunda torre de Babel del género humano.

LIBRO SEXTO

I.

Ojeada imparcial sobre la antigua magistratura.

Fra dichoso personaje en el año de 1482 el noble caballero Roberto de Estonteville, señor de Reine, baron de Ivri y de Saint-Andry en la Marca, consejero y gentil-hombre del rey y guarda del Prebostazgo de Paris. Habian transcurrido ya diez y siete años desde que recibió del rey, en 7 de No-

viembre de 1465, el año del cometa (1), el destino de preboste de Paris, que era considerado más como un señorío que como un empleo; *dignitas*, dice Juan Læmnæus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernente, atque prerogativis multis et juribus conjuncta est*. Era extraño que en 1482 admitiese destinos del rey un gentil-hombre cuyos títulos de nobleza se remontaban á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el bastardo de Borbon. El mismo dia que Roberto de Estonteville reemplazó á Santiago de Villiers en el Prebostazgo de Paris, maese Juan Danvet reemplazaba al señor Elías de Thorettes en la primera presidencia de la sala del Parlamento, Juan Jouvenel des Ursins sucedia á Pedro de Morvillers en el destino de canceller de Francia, y Regnault des Dormans aligeraba á Pedro Puy del cargo de relator ordinario del Consejo de la real casa. Habian cambiado muchas veces de personaje la Presidencia, la Cancillería y el Maestrazgo desde que Roberto de Estonteville era preboste de Paris. El Prebostazgo se recomendó á su guarda, como decian las credenciales, y ciertamente lo guardaba bien: tan asido le tenia, tan identificado estaba con él, que pudo librarse de la furia de cámbios que poseia Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo, que se complacia en probar por medio de instituciones y de revocaciones la elasticidad de su poder: no solo se habia apoderado del Prebostazgo para toda la vida, sino que el digno caballero logró obtener para su hijo que le sucediera en su cargo; y hacia ya dos años que el nombre del caballero Santiago de Estonteville figuraba junto al suyo, á la cabeza del registro del ordinario del Prebostazgo de Paris; raro é insigne fué este favor que alcanzó. Verdad es que Roberto de Estonteville era un buen soldado, que como leal caballero habia enarbolado el pendon contra *La Liga del bien público*, y que regaló á la reina un magnífico ciero en confitura el dia de su entrada en Paris. Contaba además con la amistad de Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la real casa. Pasaba, pues, dulce y apacible vida el personaje de que nos ocupamos. Cobraba muchos emolumentos, á los que se unian y colgaban, como nuevos racimos de su viña,

(1) Este cometa, por el cual mandó hacer rogativas públicas el papa Calixto, tio de Borgia, es el mismo que volvió á aparecer en 1835.

las rentas de las escribanías civil y criminal del Prebostazgo, las rentas civiles y criminales de las auditorías de Embas y del Chatelet, sin contar los productos del portazgo del puente de Mantes y el de Corbeil y otros varios beneficios. Añádase á esto el placer de ostentar en las cabalgatas de la ciudad, haciendo resaltar, sobre las togas encarnadas y atabacadas de los regidores, su brillante armadura de guerra, que aun podemos admirar esculpida en la abadía de Valmont, en la Normandía. Añádase tambien el gozar de la supremacía que disfrutaba sobre los alabarderos de la Docena, sobre el conserje, el alcaide y los oidores del Chatelet; sobre los diez y seis comisarios de los diez y seis cuarteles, sobre el carcelero del Chatelet, sobre los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros de caballería, los ciento veinte maceros de vara y el caballero de la ronda. Disfrutaba además el dichoso preboste del derecho de ejercer alta y baja justicia, del derecho de dar tormento, ahorcar y decapitar (sin contar la jurisdicción de menor cuantía de primera instancia) en todo el vizcondado de Paris, que estaba dotado de siete nobles baillías. Era su ocupación proveer autos y dictar sentencias en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, é ir, como tenia por costumbre todas las noches, á la preciosa casa situada en la calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que recibió en dote de su mujer, la señora Ambrosia de Loré, á descansar de la fatiga que le causó haber enviado á algun pobre diablo á pasar la noche "al pequeño tugurio de la calle de la Escorcherie, que hacian servir de prision los prebostes y los regidores de Paris, prision que tenia de longitud once piés y otros tantos de altura."

No solo tenia el Sr. Roberto de Estonteville su justicia particular de preboste y de vizconde de Paris, sino que tenia parte y no pequeña en la justicia del rey. No habia cabeza encopetada que no hubiese pasado por sus manos antes que por las del verdugo. El saco de la Bastilla de San Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados á M. de Nemours, para llevar á la Gréve á M. Saint-Pol.

Todo lo referido basta para constituir una existencia ilustre y feliz y para merecer un dia una página notable en la interesante historia de los prebostes de Paris, en la que se lee que Oudard de Villeneuve tenia una casa en la calle de

las Boucheries; que Guillermo de Hanguast compró la grande y la pequeña Saboya; que Guillermo Thiboust dió á las religiosas de Santa Genoveva sus casas de la calle de Clopin, y que Hugo Aubriot vivia en el palacio del Puerco-espin, y cosas tan interesantes como las citadas.

A pesar de tantos motivos para pasar la vida con paciencia, y hasta con alegría, el Sr. Roberto de Estonteville se despertó la mañana del 7 de Enero de 1482 sumamente mohino y con humor detestable. Por qué tenia mal humor? él mismo lo ignoraba. ¿Porque estaba el cielo nublado? ¿porque la hebilla de su cinturón de Montlhery le apretaba mucho y le ceñia demasiado militarmente el corpanchon de preboste? ¿Porque habia visto pasar por la calle y bajo su ventana una pandilla de pillos que le hacian burla, formados de cuatro en cuatro, sin sombrero y con botellas en la mano? ¿Porque tenia el presentimiento de que el futuro rey Carlos VIII debia sustraer de las rentas del Prebostazgo trescientas setenta libras, diez y seis sueldos y ocho dineros? El lector puede elegir entre esas explicaciones; nosotros nos inclinamos á creer sencilla y llanamente que estaba de mal humor porque... estaba de mal humor.

Era tambien al otro dia de una fiesta, dia de fastidio para todos y con especialidad para el magistrado, que tenia el encargo de barrer las inmundicias (en el sentido propio y en el figurado) que produce una fiesta en Paris. Además, debia celebrarse sesion en el Gran Chatelet. Hemos observado que los jueces, por regla general, procuran que su dia de audiencia sea tambien su dia de mal humor, con la idea de tener sobre quién descargar cómodamente la ley y la justicia en nombre del rey.

La audiencia, entre tanto, habia empezado sin él: sus tenientes en lo civil, en lo criminal y en lo particular suplían su ausencia, como es uso y costumbre; desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres, apiñados y apretujados en un oscuro rincón del tribunal de Embas del Chatelet, entre la maciza barrera de madera y la pared, asistian con júbilo al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal que administraba Florian Barbedienne, oidor del Chatelet, teniente del preboste.

La sala era pequeña, baja y abovedada. Habia en el fondo una mesa florde-

lisada, junto á un gran sillón de madera de encina esculpida, que correspondia al preboste, vacío á la sazón, y un banquillo á la izquierda, para el oidor maese Florian. Inmediato á éste estaba el escribano escribiendo; enfrente, el pueblo: delante de la mesa y delante de la puerta numerosos alabarderos del Prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas en el pecho. Dos maceros del Parloir-aux-Bourgeois, vestidos con chaquetillas mitad coloradas y mitad azules, hacian centinela delante de una puerta baja y cerrada, que se veia en el fondo, detrás de la mesa. Una sola ventana ojiva, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con luz pálida dos figuras grotescas: el caprichoso demonio esculpido en la clave de la bóveda y el juez, sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

En efecto, figúresele el lector en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los piés entre la cola de la toga de paño pardo, el rostro entre el forro de piel de cordero blanco, á la que parecian pertenecer tambien sus cejas, rojo, arisco, guiñando el ojo, llevando con majestad la grasa de sus carrillos, que se le reunian debajo de la barba: tal era maese Florian Barbedienne, oidor del Chatelet.

Es de advertir que este oidor era sordo, ligero defecto para un oidor; mas no por eso dejaba de sentenciar congruamente y sin apelacion. Basta que un juez parezca que escuche, y el venerable oidor llenaba perfectamente esta condicion, la única esencial para la buena justicia, porque ningun ruido podia distraer su atencion.

Tenia entre el auditorio un desapiadado fiscal de sus gestos y de sus hechos en la persona de nuestro amigo Juan Frollo del Molino, el estudiantillo de ayer, el corre-calles, que se le podia encontrar en Paris en todas partes, menos en la catedral.

—Mira, le dijo en voz baja á su compañero Robin Poussepain, que se reia á su lado de las escenas que aquel comentaba; aquí viene Juanita del Buisson, la hermosa hija del haragan del Mercado Nuevo.

—¡A fé mia que ese viejo la vá á condenar, porque tiene tan mala la vista como el oido! ¡Quince sueldos y cuatro dineros parisies por haber echado dos Padre-nuestros! eso es muy caro.— ¿Quién es aquel? Robin Chief-de-Ville,

el posadero.—Por haber sido examinado y recibido maestro en susodicho oficio, paga el derecho de entrada.—Hola! dos caballeros entre una cáfila de villanos, Aiglet Soins, Hutin de Mailly. ¡Dos escuderos, *Corpus Christi!* Han jugado á los dados. ¿Cuándo harán venir aquí á nuestro rector? ¡Cien libras parisies de multa! Consiento en ser mi hermano el arcediano, si eso me impide el jugar; pero jugar de dia y de noche, vivir y morir del juego y jugarme el alma despues de perder la última camisa.—¡Virgen Santa! qué ganado de muchachas! mis ovejas! ¡Ambrosia Lecuyère, Isabel la Paynette, Berarda Gironin! Pardiez! á todas las conozco! ¡Que paguen la multa, eso las enseñará á usar cinturones dorados! (1)—El pícaro, viejo, sordo y pollino de Florian, sentado á la mesa, come con las causas, come con los procesos; come, masca, se atraganta y se hincha. Las multas, los propios y arbitrios, las costas, perjuicios é intereses, cárcel, calabozos y cepos, son para él puches de Noche-buena y bizcochos de San Juan. Ea, bravo! ¡aquí viene otra amorosa! Thibaud-la-Thibaude, ni más ni menos. Multa por haber salido de la calle de Glatigny.—¿Quién es ese? Giefroy Mabonne, soldado balletero, por haber blasfemado del nombre de Dios. Multa á la Thibaud y multa á Giefroy! Viejo sordo! Apuesto cualquier cosa á que ha embrollado las dos causas y á que hace pagar el terno á la muchacha y el amor al soldado. ¡Por vida de Júpiter! ¡mira, Robin, cuántos alabarderos! ¡Aquí están todos los lebreles de la jauría! A quién van á introducir? Buena pieza de caza debe ser. ¡Un jabalí, y lo es, y magnífico; mira, Robin! ¡Es el papa de los locos, es el campanero, es el tuerto, es el jorobado, es Quasimodo!

En efecto, era él.

Era Quasimodo, que le traian cinchado y agarrotado y con mucha guardia. La escolta de alabarderos que le rodeaba iba precedida del caballero de la ronda en persona, que llevaba las armas de Francia bordadas en el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. No habia nada en Quasimodo, excepto su deformidad, que pudiese justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; éste venia sombrío y silencioso, y apenas su ojo único echaba sobre las cadenas que le sujetaban una mirada solapada y colérica.

(1) Distintivo de las mujeres públicas de aquella época.

Mientras, maese Florian el oidor hojeó con atención el legajo de la demanda dirigida contra el campanero, que le presentó el escribano, y, después de una rápida ojeada, quedó meditando un instante. Gracias á esta precaución, que tomaba siempre antes de proceder al interrogatorio, sabía de antemano los nombres, las cualidades y los delitos de los acusados, daba respuestas previstas á sus previstas preguntas y lograba salir airoso de las sinuosidades del interrogatorio, sin hacer patente su sordera. El legajo del proceso era para él el perro del ciego. Si sucedía, por casualidad, que se descubriese su achaque, de vez en cuando, por algún apóstrofe incoherente ó por alguna pregunta ininteligible, pasaba esto por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En los dos casos, el honor de la magistratura quedaba ileso, porque vale más que un juez se crea que es imbecil ó profundo que sordo. Ponia gran cuidado en disimular su sordera, y generalmente lo lograba con tal perfección, que muchas veces llegó á hacerse él mismo la ilusión de que no estaba sordo, lo que no es tan difícil como parece. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos peroran y todos los sordos hablan bajo. El solo creía que tenía el oído un poco rebelde, y esta es la única concesión que en este punto hacía á la opinión pública en sus momentos de franqueza y de examen de conciencia.

Después de rumiar la causa de Quasimodo, echó la cabeza hácia atrás y casi cerró los ojos, para aparecer con mayor majestad é imparcialidad, aunque en estos momentos estaba á la vez sordo y ciego, doble condición sin la que no hay juez perfecto; en tan magistral actitud comenzó el interrogatorio.

—Vuestro nombre?

Hé aquí un caso no previsto por la ley: el de que un sordo tuviese que ser interrogado por otro sordo.

Quasimodo, á quien nadie advertía lo que el juez le preguntaba, continuó mirando á éste fijamente, pero no le respondió. Sordo el juez, y no advertido por nadie de la sordera del acusado, creyó que éste le había respondido, como lo hacen por regla general todos los acusados, y prosiguió preguntando con aplomo mecánico y estúpido:

—Está bien. Vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo á esta pregunta; creyóla el juez satisfactoria y continuó:

—Vuestro estado?

El jorobado seguía guardando silencio: los asistentes empezaban ya á cuchichear y se miraban unos á otros.

—Basta, dijo el imperturbable oidor cuando supuso que el acusado había contestado á la tercera pregunta. Se os acusa ante este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *secundo*, de atentado deshonesto contra la persona de una mujer loca, *in prejudicium meretricis*; *tercio*, de rebelión y de deslealtad hácia los armeros del rey nuestro señor. Explicaos sobre todos esos puntos. Escribano, ¿habéis escrito lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oír esta malhadada pregunta, alzóse en toda la sala un estruendo de carcajadas tan violentas, tan locas, tan contagiosas, tan universales, que hasta llegaron á advertirlo los dos sordos. Volvióse Quasimodo, levantando desdenosamente la joroba, mientras que el juez, asombrado como él, y suponiendo que había provocado la risa de los espectadores alguna réplica irreverente del acusado, cosa que creía que le denotaba el encogimiento de hombros de éste, con indignación le dirigió las siguientes palabras:

—Respuesta es esa, señor bellaco, que merecía la horca. ¿Sabeis á quién hablais?

Esta salida del juez no era á propósito para contener la explosión de la alegría general; parecióles á todos tan heteróclita y cornuda, que la risa se apoderó hasta de los maceros, especie de lacayos armados, en quienes la estupidez era de ordenanza. Solo Quasimodo conservaba la seriedad, por la sencilla razón de que no comprendía nada de lo que pasaba á su alrededor. El juez, cada vez más irritado, creyó que debía continuar en el mismo diapason, esperando de este modo inspirar al acusado saludable terror, cuya reacción infundiría al auditorio el debido respeto.

—¿Conque es decir, perverso y villano, que os permitis insultar al oidor del Chatelet, al magistrado responsable de la policía popular de París, encargado de entender en los crímenes, delitos y demasías, de vigilar todos los oficios y de prohibir el monopolio? ¿Sabeis que me llamo Florian Barbedienne, que soy teniente del señor preboste, y además comisario, inspector y examinador, con igual poder en el Prebostazgo y en la Bailía?

No hay razón que haga parar á un

sordo cuando habla á otro sordo; Dios sabe cuándo hubiera callado maese Florian, lanzado de ese modo á la alta elocuencia, si la puerta baja del fondo no se hubiera abierto de repente para dar paso al señor preboste.

No se cortó al verle entrar maese Florian, pero dió media vuelta sobre sus talones y dirigió impávido sobre el preboste la arenga que lanzaba á Quasimodo momentos antes: —Monseñor, reclamo la pena que tengais á bien imponer al acusado por haber faltado á la justicia.

Se sentó jadeante y enjugando las gotas de sudor que le caían de la frente y empapaban, como lágrimas, los pergaminos extendidos delante de él. Frunció las cejas el caballero Roberto de Estonteville é hizo á Quasimodo con el gesto una indicación tan imperiosa y significativa, que el sordo empezó á comprender. El preboste le preguntó con severidad:

—¿Qué has hecho que te traen aquí, bellaco?

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que habitualmente guardaba y respondió con voz ronca y gutural:

—Quasimodo.

Como la respuesta no coincidía con la pregunta, empezó otra vez á oírse la risa general del auditorio, y el caballero Roberto exclamó, rojo de cólera:

—¿Te burlas también de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Nuestra Señora, respondió Quasimodo, creyendo que debía explicar al juez quién era él.

—Campanero! repitió el preboste, que se despertó de mal humor aquella mañana, como dijimos, y que no tenía necesidad de que atizasen su furor con extrañas contestaciones.—Campanero! Ya haré que descarguen sobre tus costillas un repiqueteo de latigazos por las calles de París. Lo oyes?

—Si quereis saber mi edad, contestó Quasimodo, creo que cumpliré veinte años por San Martín.

Eso era ya demasiada insolencia, y el preboste no la pudo sufrir.

—¿Te burlas del Prebostazgo, miserable? Señores maceros de vara, llevareis á ese pillo á la picota de la Grève, lo azotareis y le dareis vueltas en la rueda una hora. Lo ha de pagar, vive Dios! Que se haga pregon de la presente sentencia, con asistencia de los cuatro trompetas

jurados, en las siete castellanías del vizcondado de París.

El escribano se puso en el acto á extender la sentencia.

—Ventre de Dios! ¡Eso se llama juzgar bien! exclamó desde su rincón el estudiantillo Juan Frollo.

Volvió la cara el preboste y fijó un momento en Quasimodo su mirada fulminante.

—Creo que el bellaco ha dicho: ¡Ventre de Dios! Escribano, añadid doce dineros parisiés de multa por haber jurado, y que se destine la mitad á la fábrica de San Eustaquio; tengo devoción especial á ese santo.

Al cabo de pocos momentos estuvo escrita la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. La jurisdicción del Prebostazgo y del vizcondado de París no estaba aun complicada por el presidente Thibaud Baillet ni por Roger Barmne, abogado del rey, ni estaba obstruida aun por la alta valla de trámites y de procedimientos que introdujeron en ella los dos expresados jurisconsultos á principios del siglo diez y seis. Todo era en ella entonces claro, expedito y explícito; se caminaba rectamente á un fin y se le distinguía al cabo de cada senda, y se iba sin rodeos á la rueda, á la picota ó al patíbulo. A lo menos se sabía pronto á dónde se iba.

El escribano presentó la sentencia al preboste, que puso en ella su sello y que salió en seguida á dar la vuelta por los otros tribunales con una disposición de ánimo á propósito para poblar aquel día las cárceles de París. Juan Frollo y Robin Poussepain reían por lo bajo. Quasimodo lo miraba todo atónito.

El escribano, mientras leía maese Florian la sentencia para firmarla, movido á compasión por el pobre sentenciado, y con la esperanza de obtener disminución en la pena, se acercó lo más que pudo al oído del juez y le dijo, indicándole con el dedo á Quasimodo: —“Ese hombre es sordo.”

Esperaba el escribano que la semejanza de achaque despertaría el interés de maese Florian en favor del pobre reo.

Pero ya observamos que el juez no se tenía por sordo ni quería que nadie le tuviese tampoco; además, no entendió ni una palabra de las que le dijo el escribano, y, sin embargo, quiso aparentar que le había oído, y le respondió:

—Ah, eso es diferente! Yo no lo sabía. En ese caso una hora más de picota,

Con esta pequeña modificación firmó la sentencia.

—Bien hecho, contestó Robin Poussepain, que tenía tirria á Quasimodo; eso le enseñará á no tratar á nadie con aspereza.

II.

La cueva de la Torre-Roland.

Permítanos el lector que le transporte á la plaza de la Grève, de la que salimos ayer con Gringoire por seguir á Esmeralda.

Son las diez de la mañana y todo denuncia aun la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos, de cintas, de trapos, de plumas de penachos, de gotas de cera de los hachones, de migajas de la francachela pública. Gran número de transeuntes vagan de aquí para allá, removiendo con el pié los tizones apagados de las hogueras, extasiándose ante la Casa de los Pilares, con el recuerdo de las hermosas colgaduras del día anterior, y mirando los clavos, que causan su último placer.

Los vendedores de cidra y de cerveza circulan con sus cacharros alrededor de los grupos; los transeuntes ocupados pasan con rapidez; platican los comerciantes y se llaman unos á otros desde el umbral de las tiendas. La fiesta, los embajadores, Coppenole y el papa de los locos ocupan aun su atención y bromean y rien. Cuatro soldados de caballería, que acaban de apostarse á los cuatro lados de la picota, concentran á su alrededor gran parte del público, esparcido en la plaza, que se condena á la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de presenciar el futuro espectáculo.

Si despues de contemplar el lector esta escena viva y tumultuosa, que se agita en todos los puntos de la plaza, dirige sus miradas hácia la antigua casa, medio gótica, medio bizantina, de la Torre-Roland, que forma la esquina del muelle al Poniente, podrá contemplar, en el ángulo de la fachada, un gran breviario público, con ricas estampas iluminadas, que preserva de la lluvia un tejadillo y de los ladrones una guarnición de alambre. Al lado del breviario hay una ventanilla ojiva, estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que dá á la plaza, y que es la única abertura que dá entrada á algo de aire y á algo de luz á una celdilla sin puerta practicable en la planta baja en el espesor de la pared de la an-

tigua casa, celda tanto más tranquila y silenciosa, cuanto más hormiguea y alborota en la plaza pública la multitud que la ocupa y la transita.

Era célebre en Paris dicha celda hacia ya más de tres siglos, desde que madame Rolande, de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, que murió en las Cruzadas, la hizo abrir en la muralla de su propio castillo, para encerrarse en ella toda su vida, conservando solo de su palacio este tugurio, con la puerta condenada y con la ventanilla abierta, y dando toda su fortuna á los pobres y á Dios. Veinte años esperó la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando de noche y de día por el alma de su padre, durmiendo sobre ceniza, sin tener ni una piedra por almohada, vestida con un saco negro y viviendo solo del pan y del agua que la compasión de los transeuntes depositaba en los rebordes de la ventanilla, recibiendo así la caridad despues de darla. Cuando murió, momentos antes de pasar á otro sepulcro, legó éste á perpetuidad á las mujeres afligidas, madres, viudas ó doncellas, que tuviesen que rezar por ellas ó por otros y que quisiesen enterrarse vivas con su dolor ó consagrarse á eterna penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y de bendiciones, y tuvieron gran sentimiento de no haber podido conseguir que se canonizase á tan piadosa doncella por falta de protección.

Los que no eran afectos á la Santa Sede esperaban que eso se lograria con más facilidad en el cielo que en Roma, y rogaban á Dios por la difunta, ya que no pudieron obtener del Papa lo que deseaban. La mayoría acordó tener como sagrada la memoria de Rolande y convertir en reliquias sus harapos. La Ciudad, por su parte, cumpliendo con la voluntad de la doncella, estableció un breviario público, clavado junto á la ventana de la celda, con la idea de que los transeuntes que se detuviesen allí para rezar, la oración les recordase el hacer limosna para las pobres reclusas, herederas de la cueva de madame Rolande, y éstas no se viesen en la necesidad de morir de hambre y de olvido.

Eran frecuentes esta especie de sepulcros en las ciudades en la Edad Media; se encontraban con frecuencia, en las calles más frecuentadas y en el mercado más abundante y ruidoso, un sótano, un

pozo, una cueva enrejada, en cuyo fondo rezaba de día y de noche un sér humano, voluntariamente consagrado á eterna penitencia y á terrible expiación. La piedad poco razonadora y poco sutil de aquellos tiempos no daba toda la importancia, no daba todo el valor que realmente encerraba la separación absoluta del mundo para condenarse á perpétuo sacrificio, y aunque honraba y veneraba esta abnegación, no compadecía ni analizaba los inmensos sufrimientos que á la larga hacían sucumbir al sér humano. La pública compasión llevaba de cuando en cuando algún alimento al miserable penitente, miraba por el agujero si vivía aun, sabía desde cuánto tiempo empezaba á morir, y al forastero que la preguntaba sobre el esqueleto vivo que se pudría en aquella cueva, respondía lisa y llanamente, si era hombre:—“Es el recluso,” y si era mujer:—“Es la reclusa.”

Porque todo se veía entonces así, sin metafísica, sin exageración, sin cristal de aumento, á la simple vista; no se había inventado aun el microscopio, ni para lo material ni para lo espiritual.

Aunque no asombraban los ejemplos de estas reclusiones voluntarias, eran frecuentes en el seno de las ciudades, como antes dijimos. En Paris había gran número de estas celdas y casi todas estaban ocupadas; verdad es que el clero cuidaba de que no estuviesen vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y encerraba en ellas á los leprosos, cuando no tenía á mano penitentes. Además de la cueva de la plaza de la Grève, había una en Montfaucon; otra en el cementerio de los Inocentes; otra en el palacio Clichon, si mal no recordamos, y en otros varios puntos, cuyos vestigios se encuentran todavía en las tradiciones. En la Universidad existía también una de esas cuevas; en la montaña de Santa Genoveva, una especie de Job de la Edad Media cantó durante treinta años los siete psalmos de la penitencia en un estercolero, en el fondo de una cisterna, volviendo á empezar cada vez que los terminaba, salmodiando más alto durante la noche, *magna voce per umbras*; aun hoy cree oír su voz el anticuario que entra por la calle del Pozo que habla.

Limitándonos ahora á la covacha de la Torre-Roland, debemos decir que nunca escasearon en ella las reclusas; desde la muerte de madame Rolande, rara vez estuvo vacante un año ó dos. Muchas

mujeres fueron á llorar dentro de ella, el resto que les quedaba de vida, á sus padres, á sus amantes ó sus culpas. La malicia parisiense, que en todo se mezcla, hasta en lo que no la interesa, aseguraba que se habían visto pocas viudas en aquella cueva.

Una inscripción latina escrita en la pared, según la costumbre de la época, indicaba al transeunte que era hombre de letras el destino de aquella celda; hasta mediados del siglo diez y seis se conservó la costumbre de explicar lo que era un edificio por medio de una divisa escrita sobre la puerta: todavía se lee en Francia, encima de la puerta de la prisión de la casa señorial de Tourville, *Sileto et spera*; en Irlanda, debajo del escudo que soporta la puerta principal del castillo de Fortescue, está escrito: *Fortescutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cwper, *tuum est*; porque entonces todo el edificio respondía á un pensamiento.

Como no tenía puerta la celda murada de la Torre-Roland, veíanse grabadas con grandes caracteres sajones estas dos palabras:

TÚ, ORA (1).

III.

Historia de una torta de maíz.

En la época de esta novela estaba ocupada la Torre-Roland. Si el lector desea saber quién la ocupaba, escuche la conversación de tres mujeres, que en el momento en que le llamamos la atención sobre la covacha se dirigían de prisa hácia aquel lado, subiendo del Chatelet hácia la plaza de la Grève por la orilla del río. El traje de dos de estas mujeres era el que usaban las vecinas de Paris; llevaban gorguera blanca y fina, basquiña de tiritaña rayada de rojo y de azul, medias blancas con cuadrados de color, muy estiradas; zapatos de cuero de color leonado con suelas negras, y cofias, que eran una especie de cuernos de relumbron, recargados con cintas y encajes, emulando á los granaderos de la Guardia Imperial rusa, y que anunciaban que pertenecían á la clase de tenderas ricas. No llevaban anillos

(1) El pueblo, que pronuncia mal el francés, había hecho su calambour de esas palabras, por medio del que llamaba á esta cueva *Trou-aux-Rats* (Ratonera). Pero como ese calambour es intraducible al español, no hemos ni siquiera intentado su traducción.